

# ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 7 ENERO 1960  
NÚM. 612 AÑO XIII

## DEL USO AL ABUSO



Es evidente que los hombres tendemos a dejarnos llevar por los excesos, en muchas cosas. Excesos que no provienen del exterior, sino de nosotros mismos. Por lo que quizá sería más propio decir que somos nosotros quienes los llevamos a ellos, y no al revés.

No tenemos por lo común la suficiente sensatez para detenernos en el justo medio, en el límite de la moderación y el buen uso. Nos salimos por las ramas, nos extralimitamos irrazonablemente. Más en las cosas de cuyo abuso sabemos hemos de salir físicamente perjudicados.

Ahí están esas fiestas que acaban de pasar: Navidad, Año Nuevo y Reyes. Tres fechas cada una de las cuales representa un hecho trascendental en la historia del mundo y un jalón en la vida de cada uno. Cada una de ellas, contiene motivo suficiente para que sea festejada con esplendor, con extraordinaria brillantez, con destacado fasto.

Mas es en el concepto que de celebrar las fiestas tenemos donde radica el principio que nos lleva a las prácticas excesivas.

Lo primero que pensamos cuando de celebrar algo se trata es en el ágame que debe figurar en el programa que vamos a esbozar. Igual da que el motivo festivo sea profano o religioso, popular o íntimo. La comilona no debe faltar entre los actos a cumplir. Con su respectiva beberona, desde luego. Y quizá le demos más importancia a esta que a aquella. Porque ¿de dónde sacaríamos la alegría que debemos manifestar en tal día si en el tablero gastronómico de la mesa no colocáramos

mos los áfiles de las botellas para poder cada uno manejarlos a su gusto según el juego que le apetece?

Y esto no quiere decir que todos efectuemos más libaciones que las que el buen sentido aconseja. Es posible, incluso, que alguno de nosotros juegue la partida sin mover ninguna de esas piezas. Pero es igual. Deben figurar en el juego. Lo cual quiere decir que habremos debido adquirirlas previamente, ocasionando un exceso en el presupuesto extraordinario de aquel día.

De los manjares, ni hablar. Pueden éstos ser de más o menos coste, más o menos variados. Pero lo que importa es que abunden extraordinariamente, y que al levantarnos de la mesa nuestro estómago note que lo hemos cargado en demasia.

Y aun no termina aquí el capítulo de los excesos. Hay que contar con el suplemento que a la mañana siguiente aportaremos a la farmacia. Con el barrido y limpieza general de vajilla y cristalería que epiloga toda fiesta va simultánea la ordenación y desatascado de los aparatos digestivos. Hay que regular los conductos fisiológicos, librarlos de las obstrucciones a que habrán dado lugar las excesivas ingestiones que les hemos impuesto.

Y así podríamos ir enumerando uno a uno los excesos con que acompañamos la celebración de las fiestas si no hubiera bastante con lo antedicho. Pero no es necesario. Cada uno sabe de por sí, por propia experiencia el resultado desagradable subsiguiente a la manera con que entendemos hay que celebrar las solemnidades.

¿Es un mal? ¿Puede evitarse? Quien sabe. Si la ilusión y la alegría son necesarias para vivir y no podemos, o no sabemos, adquirirlas a otro precio, tal vez obremos cuerdamente cometiendo tales excesos.

También sabemos que los venenos matan, y a pesar de ello, debidamente dosificados, nos los tomamos con las recetas como remedio. ¡Es tan difícil mantenerse en una constante regularidad! — **XAVIER**

Sintonia

### ¿El secreto?

Acabamos de pasar estas fiestas navideñas que son las más simpáticas del año. Los Reyes Magos, con su paso entre nosotros, cierran este ciclo de jolgorio familiar y colectivo. Para lo primero, la Navidad, para lo segundo, el final y principio de Año.

Y una de las cosas que más predomina de entre las muchas que tienen de buenas estas fiestas, es la gastronómica. Pasan los años, los siglos, y siempre perdura la buena mesa en todas las familias.

¿Qué tendrá esta cuestión tan prosaica como es la de comer, que siempre, ha atraído nuestra curiosidad, y nuestro interés? Un día iremos a casa el amigo casado, y la esposa hará uno de sus condimentos preferidos. Nos lo mostrará con orgullo. Nos contará su fórmula para sacar a su plato favorito todo el sabor y perfume apetecidos. Nos sentiremos interesados, y hasta diremos que la esposa propia no sabe aquel secreto que se nos muestra delante de nuestras narices. Saldremos de la casa del amigo encantados de aquel arte culinario.

Otro caso cualquiera. En la ciudad ha abierto sus puertas un nuevo hotel, un nuevo restorán. Pronto cunde la noticia. El interés por saber como se guisa en aquel nuevo establecimiento crece. Ya se dan cita en el mismo, numerosos ciudadanos. Mejor que no sea demasiado hotel y sea más restorán, o hasta diríamos, entre fonda y tasca. Porque, quizá, entonces se diga que el secreto del arte culinario de aquel establecimiento es una cosa excelente. Y así se van cantando las excelencias gastronómicas de todo nuevo establecimiento hotelero que pueda aparecer.

¿Qué de siglos lleva el hombre abriendo la boca para meter en ella las calorías necesarias para su subsistencia! Y sin embargo, nunca ha decrecido su interés por el arte culinario, pese a lo prosaico que del mismo pueda derivarse.

¿El secreto? Pues la elegancia, el refinamiento con qué ha sabido adornar a esta necesidad de su existencia.